

Habitación *241*



10

Habitación 241

Ángela se levanta como el viento. Sin esfuerzo. Se sienta en la cocina, *presidiendo la mesa*, mientras espera que suba el café y pasa los dedos por el hule estampado con magnolias y uvas. Nota sus cicatrices y las repasa. Son más profundas que las suyas. Y también más profundas que las de sus cinco hijas, que ya no tienen los cuerpos a medio hacer. Quita los dedos de la mesa, coge el teléfono inalámbrico y marca el 93 342 83 76. Tose para poder articular palabra. Son las siete de la mañana y todavía no ha abierto la boca. “Buenos días su señoría, Elsa reinagua-pa”, le canta con retintín. Con la mano derecha vuelve a plantar los dedos en el desgarrón del hule y recoge las migas de pan. “¿Qué tal has pasado la noche? ¿Bien dormida? ¿Te apetece dar la caminata matinal?” De reajo, controla la cafetera. “Si te sientes cansada y prefieres dormir, aprovecha.” Ya huele el café y se oye la discusión de fondo de dos de sus hijas sobre a quién pertenecen unos vaqueros. “Ya sé que no estás enferma, ya lo sé. Es que no quisiera que hicieras el sobreesfuerzo sólo para hacerme compañía... De acuerdo. Lo retiro y te hago caso, pero sólo por tu estado, ¿eh? Adiós, adiós.”

Antes del adiós, a Elsa las palabras se le secan en la boca. “Buenos días su señoría”, balbucea entre un bostezo de largas mangas. Lleva poco tiempo levantada y tampoco ha dicho aún esta boca es mía. Álex, su marido, duerme a pierna suelta y ronca, mientras ella permanece sentada a su lado, sobre la cama de metro treinta y cinco. Le cuelgan los tobillos, un poco hinchados. Apoya los dedos de los pies sobre la baldosa blanca. Tiene el teléfono en las manos. “He dormido más de ocho horas y todavía tengo sueño. ¿Te lo puedes creer? Volvería a enroscarme aho-

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Ilustraciones: Jordi Borràs

Impresión: Artyplan

Depósito Legal:

ra mismo, pero sí, sí, bajo a caminar por la playa.” Habla bajito para no despertar a Álex, que se ha acostado hace apenas dos horas, cuando ha terminado el turno en la lonja de Arenys. “Que no, Ángela, ¿cómo quieres que lo te diga? Que no estoy enferma! Y no lo hago por ti, sino por mis piernas, que las tengo hinchadas como globos.” La playa también es su debilidad y cuando decidieron emigrar de Rumanía para abrirse camino tenían claro, tanto ella como su marido, que lo harían en un lugar cerca del mar. “Nos vemos, hasta ahora.”

El ahora ya se encuentra en el mar. Las dos mujeres pisan enérgicamente la arena húmeda y dura. Ahora nadie les pisa los talones —en el trabajo, sí—, pero en la playa les gusta andar como un rayo. Lo hacen cada mañana durante una hora. De siete y media a ocho y media. Puntuales y felices. Ángela marca el ritmo y Elsa, veinte años más joven, la sigue con un balanceo de brazos cada vez más acentuado. A ambas les gusta andar ligeras de equipaje. Han dejado parte de sus pertenencias en la arena y, las de mayor valor, en la taquilla que tienen en el Hotel Paraíso Azul. Trabajan como camareras de piso y su turno comienza dentro de una hora, a las 9 de la mañana.

—Tu garbancito seguro que agradece este paseo, niña, aunque ahora es normal que quieras dormir más. No te sientas obligada a venir, ¿eh?

Elsa está embarazada de diez semanas. Lo supo hace quince días tras varios “me hago la prueba o aguardo un poco más” y, desde entonces, el garbancito es el tema de conversación. En la mesa. En el trabajo y en la playa en un día como hoy, en el que sopla una ligera brisa de mar.

—Mira que eres pesada, ¿eh? ¿Acaso no hay confianza? Tú lo que tienes que hacer es no preocuparte tanto por mí y guardarte del aire en el hombro y el brazo, que eso será veneno para tus achaques.

—Muy bien, Elsa. *Achaque*. Veo que has incorporado una nueva palabra a tu diccionario de español.

—Fea, la palabrita, ¿no? —pronuncia con expresión de asco.

—Tan fea y dolorosa como la palma de la mano y el brazo, que ya no sé cómo hacerlo para que dejen de darme punzadas. Parece que tenga la mano de corcho.

—Pues vaya con este mal, a ver si te lo sacudes de encima de una vez. Mañana tienes otro médico, ¿no, *profa*?

Mañana hará mucho calor y a las cuatro de la tarde Ángela irá a ver al doctor Garasa, el traumatólogo del CAP. Él le confirmará lo que el médico de la mutua ya le diagnosticó hace una semana pero no le quiso reconocer como enfermedad profesional: que padece una inflamación en la muñeca producida por la compresión de un nervio. El doctor, después de haberle hecho varias pruebas, tiene claros el diagnóstico y las causas: “Usted, señora Montardit, tiene el síndrome del túnel carpiano, una enfermedad que, si bien no es grave, sí es molesta. ¿La causa? La inflamación de los tendones flexores de los dedos provocados seguramente por los movimientos repetitivos de brazos y manos que realiza en su trabajo”.

El médico le dará información exhaustiva sobre la enfermedad, que es más común en mujeres de entre 35 y 60 años. La sufre un 10% de la población adulta y los síntomas comienzan gra-



dualmente y producen un descenso importante en la calidad de vida. “Entre los profesionales afectados hay camareras de piso, como usted, y trabajadores de montaje y administrativos que hacen movimientos repetitivos con el teclado. Y camareros, también. Tal vez en el hotel mismo haya oído hablar de ella.” Ángela reconocerá haber oído hablar de la enfermedad, claro que sí. Miquel, del restaurante, la sufre, aunque nunca le ha sido reconocida como enfermedad profesional. Hace un mes que Ángela nota molestias, por lo que cada semana realiza una visita al médico de la mutua. Pero diez días atrás, sin embargo, los dolores empezaron a agravarse. Aparte de tener dificultades en el trabajo y en casa, le cuesta hacer encajar los corchetes de los sujetadores. “Dolor localizado en la palma de la mano, rampas y sensación de hormigueo son los síntomas del túnel carpiano.” Con este diagnóstico y con la sensación de tener una mano de corcho, Ángela saldrá mañana por el pasillo del centro de salud, con sus zapatos nuevos de 15 euros.

Las dos mujeres siguen andando descalzas por la playa. Son amigas mientras andan y, sobre todo, un domingo al mes, cuando Elsa prepara *sarmale*, unos rollitos de carne y arroz típicos de Rumanía, para “la familia de Calella”. Así las llama, a Ángela y sus hijas. La *profa* se siente tan orgullosa que ya la considera una hija más. Sin embargo, esta amistad en la vida la gestaron en el trabajo. Elsa comenzó a trabajar por temporadas en el hotel en unas condiciones abusivas. En temporada altísima, le pedían que fuera a horas intempestivas y le exigían jornadas de más de 12 horas diarias. Ángela le aconsejó que los denunciara. Hizo todo lo posible para que les plantara cara. A ella, sin embargo, una inmigrante recién

llegada con dificultades para encontrar trabajo, le costaba. “Si no les paramos los pies, nos convertiremos en esclavas”, refunfuñaba Ángela. Finalmente, y junto a otras trabajadoras, se quejó. No sirvió de mucho, pero sí de algo: lograron contratos estables y que despidieran a una gobernanta que las trataba mal. Pero de vez en cuando aún padecen las jornadas de 12 horas. Las condiciones laborales abusivas y la solidaridad de Ángela acercaron a las dos mujeres, primero, y luego las convirtieron en familia.

Son las ocho y cuarto dadas y, hablando, ni se han percatado de que ya han dado la vuelta al espigón y de que están a punto de chocar consus cosas, que hace 45 minutos colocaron discretamente en medio de la arena. Inspiran y expiran a conciencia por última vez a lo largo de la mañana. Falta poco para empezar un trabajo mecánico y monótono que no les permite inspirar y expirar demasiado a conciencia sintiendo el sol en la cabeza y la sal en los pies.

El Hotel El Paraíso Azul tiene 26 plantas y 300 habitaciones. Elsa y Ángela ponen la llave en la cerradura de 16 habitaciones cada día: hacen 16 camas, pasan la bayeta a 16 bañeras y mamparas, quitan el polvo de 16 tocadores y pasan el aspirador por 16 espacios de 15 metros cuadrados. De estas habitaciones, tres las hacen fuera de contrato y las cobran en negro. Y las horas que invierten a lo largo del año no cotizan a la Seguridad Social. Se han quejado, pero no se han atrevido a denunciarlo. Tienen miedo.

El trabajo es maquinal y reflejo, pero no se lamentan. No las criaron con guantes de seda. Ángela lleva más de 30 años trabajando como

camarera de piso. Ha cambiado de hoteles, pero ha mantenido el mar ante el que nació, que es su protector. Elsa llegó a Calella directamente desde Rumanía hace apenas un año. Ahora ya no se quiere separar ni de Calella, ni del mar, ni de Ángela, a quien cuida como si fuera una hija. En poco tiempo se han acostumbrado a compartir las cosas. Su embarazo también.

—Los médicos me dan miedo. Y con la preñadura, no quiero que me lo den. Y aquí, en el trabajo, también me dan miedo... —confiesa Elsa ya dentro del hotel, mientras se pone los pantalones negros, la camisa gris y el delantal verde pistacho sentada en la banqueta del vestuario que comparten con otras 20 camareras de piso.

—Dentro de quince días te toca la *eco* de los tres meses, ¿verdad? Ya verás cuando veas a tu garbancito... Se te pasarán todos los miedos. El de los médicos y el de “la Rottenmeyer”, que ya habrá tramitado los papeles para la evaluación de riesgos. Pregúntale hoy, Elsa, no esperes más. No quiero darte la paliza, pero si hubieras gestionado el tema la semana pasada, que es cuando tocaba, ahora ya estarías recolocada o de baja.

—Tú misma lo has dicho, no me riñas, vaaa, que estoy embarazada! Además, yo no tengo tan claro que lo hayan gestionado ya. Ni que el miedo de los médicos se me pase así, de porrazo.

—Se te pasará, pero no de porrazo, sino en todo caso de golpe y porrazo, o de repente, alumna aventajada!

Las dos mujeres hacen bromas lingüísticas, codo con codo, un día sí, el otro también. Ángela enseña español a Elsa y ésta aprovecha, siempre que puede, para mostrar sus avances con algún modismo. Le hacen mucha gracia. Las dos ami-

gas han adoptado dos mote que les gusta repetir. “Alumna aventajada”, le dice Ángela. “Profa”, le responde Elsa.

“La Rottenmeyer” –un mote compartido por todo el personal del hotel– llega al vestuario, taconeando, cuando faltan cinco minutos para las nueve, justo cuando las dos mujeres cierran la taquilla y están a punto de salir. Saluda y se queja de tanto calor. El sudor le resbala por el rostro como si fuera un arroyo. Ángela da un codazo a Elsa levantando ojos y pestañas, se adelanta y sale del vestuario. Elsa se queda sola con Rosa.

–Ro, Ro, Rosa, buen, buenos días, perdona pero, ¿sabes algo de eso de mi informe?

–¿De la evaluación de riesgos, quieres decir? –puntualiza Rosa, marcando autoridad.

–Sí, e-e-e–exactamente.

Rosa tiene 40 años y mal carácter. Es una mujer competente, pero malhumorada y jerárquica. Por eso la llaman “la Rottenmeyer”, un apodo ganado a pulso. Le gusta llevar el timón y plantar bandera. En la mano izquierda lleva un anillo de oro, símbolo del amor con un hombre con quien no es feliz. Se lo toca.

–Sí, Elsa, lo estamos tramitando. ¿No te dije que, en cuanto supiera algo, te lo haría saber? ¿Acaso te he dicho algo? Pues si no te he dicho nada es porque no sé nada, aún.

Rosa, prepotente, subraya el *aún* del final de la frase, por más que no debería andarse con superioridades. Sabe perfectamente que quienes han patinado son ellos y no Elsa, que, bien asesorada por una técnica de prevención de riesgos labora-



les del sindicato, comunicó, por escrito y dando un plazo de respuesta, que estaba embarazada de siete semanas. Rosa se conoce la normativa y sabe que la Ley de Prevención de Riesgos Laborales obliga al empresario a evaluar todos los riesgos que pueden darse en un puesto de trabajo en caso de embarazo, así como a adoptar las medidas necesarias. La técnica del sindicato se lo dejó claro a Elsa: “Tienes la obligación de exigir a la empresa la evaluación de riesgos de tu puesto de trabajo. Te juegas tu salud y la de la criatura. O sea que, hazlo inmediatamente”. Elsa no lo hizo inmediatamente. Tenía miedo de que la despidieran. Dejó pasar la quinta semana. Y la sexta. Y a la séptima, finalmente, presionada por Ángela y por la técnica, lo comunicó.

El Paraíso Azul no tiene realizada la evaluación de riesgos laborales en situaciones de embarazo. Rosa tardó cuatro días en solicitarla después de la notificación de Elsa. Al mismo tiempo, la empresa de prevención de riesgos contratada por el hotel tardará aún doce días más en ir a realizarla. Mientras esperan, Elsa sigue trabajando expuesta al riesgo. Tanto ella como el hotel, como la empresa de prevención de riesgos, habrán tardado demasiado. Sin embargo, ninguno de ellos sabe *aún* que la suma de los retrasos tendrá consecuencias adversas.

Elsa coge el ascensor para subir a la planta 24. Es su planta. Recoge el carrito de limpieza, pone la llave en la cerradura y abre la habitación 241. Los alemanes han dejado por el suelo la sábana y las toallas de mano. La habitación guarda silencio. Desde el balcón, ve la piscina. Un niño se baña en brazos de su madre. Mientras tanto, Ángela pone la llave en la cerradura de la habi-

tación 126. Le recibe un espejo de cuerpo entero un poco desconchado por los bordes. Le devuelve el rostro de una mujer madura que ve más allá de sus manos agrietadas arrastrando un carrito de 20 kilos. Más allá del presente. Cumplirá cincuenta años —un punto de inflexión—, está sola, tiene cinco hijas y futuro. El pasado no ha sido muy afortunado con ella, pero no se queja y confía en ese futuro que está por venir. Ángela hace la limpieza de la habitación con la misma energía con la que lleva las riendas de su vida. A pesar del dolor del brazo, que le da punzadas. Vacía papeleras primero y luego se ocupa del baño. Pliega las toallas extendidas sobre la mampara. Los clientes se quedan cinco días en Calella.

Desde que el hotel pone un cartelito en cada baño y sugiere no cambiar las toallas cada día, las camareras de piso —y el planeta— lo agradecen. Soportan menos peso en unos carros que hace tiempo que el hotel debería haber cambiado. Son poco ligeros y el diseño les impide empujarlos con facilidad, las ruedas están muy viejas y no se les hace un mantenimiento periódico.

A Ángela la bañera le cuesta. En la mano derecha, tiene la lesión en la muñeca y no puede ni coger la bayeta. Cambia a la mano izquierda, pero se la nota ya cansada porque lleva tres días utilizando sólo esa mano. Para trabajar, para cocinar, para arrastrar el carrito de la compra, para escribir en el ordenador, para abrocharse los botones y para abrazar a su hija pequeña. Los achaques harán que tarde más en terminar la habitación 126. Después de pasar la bayeta por los sanitarios, más lentamente y con menos fuerza, se ocupa del dormitorio. Las camas de esta planta no son abatibles, y eso quiere decir que Ángela mantendrá, toda la

mañana, una postura forzada cada vez que atrape la bajera bajo el colchón, alise la colcha y volteé la almohada. Intenta doblar las piernas y no hacerlo con una postura forzada, pero no siempre lo consigue. Desde que le duele el hombro, hace lo que su cuerpo le permite. Se da cuenta, precisamente, de sus malos gestos y eso no le gusta. Es perfeccionista y realista, y sabe que las lesiones músculo-esqueléticas constituyen el talón de Aquiles de las camareras de piso como ella. Ella se ha pasado años tratando de prevenirlas. A Elsa no deja de darle la paliza sobre ello: “Cambia de mano, reina, haz dos bañeras con la mano izquierda y dos con la mano derecha. Intenta realizar estiramientos musculares entre las pausas. Evita manipulaciones incorrectas o posturas forzadas. Mantén la espalda recta, niña. Cuando escurras la bayeta, trata de no forzar las muñecas. Cuando pases el aspirador por debajo de algún mueble, tienes que agacharte doblando y apoyando la rodilla en el suelo, Elsa”.

Ajena ahora a los dictados de la *profa*, Elsa permanece inmóvil, boquiabierta, ante la barandilla de la terraza de la habitación 241 mirando cómo la madre baña a su hijo en la piscina. Se siente más identificada con el niño, que se deja llevar, que con la mujer. Hay cosas que diferencian a la Elsa de ayer, segura de empezar de nuevo, de la Elsa de hoy, embarazada de diez semanas y hecha un flan, asustada como un conejito ante los faros de un coche. El mismo embarazo causa hipersensibilidad y vulnerabilidad, sobre todo durante los tres primeros meses. Pero ella no lo sabe. Mientras contempla la escena, le entran ganas de llorar y de fumar. El tabaco, lleva semanas sin olerlo, y así será hasta después del parto y ya para siempre. Las ganas de fumar la ponen en marcha. Lo primero que hace

también es vaciar las papeleras. Después se ocupa de poner las cosas en su sitio. Las toallas, en el carro de la ropa sucia, que ha dejado en mitad del pasillo. Las mantas finas con las que los alemanes se han tapado durante la noche las coloca en la parte superior del armario de pared. No llega y, en lugar de subir a un taburete, se estira demasiado y da un pequeño salto. Sabe que no debería hacerlo. Al igual que sabe que para limpiar las estanterías superiores, que es lo que hará ahora, tiene que utilizar medios auxiliares. Ángela se lo ha repetido una y otra vez. Ella siempre le escucha, pero a la hora de la verdad le cuesta seguir sus consejos. Ni se da cuenta del sobreesfuerzo, de la postura forzada, del movimiento repetitivo. “Juventud, divino tesoro”, la reprende Ángela. Tiene el mango telescópico en el *office* de la planta, pero para no perder tiempo prefiere limpiar las estanterías superiores como puede, forzando la espalda y subiéndose al taburete del baño –viejo, blanco, de plástico y de sólo 50 centímetros de diámetro—. Las dos piernas se refugian encima de él. La columna vertebral la tiene tensada como un arco y los brazos, estirados como una calabacera, apuntan al cielo. De repente, una pata del taburete se rompe y Elsa cae al suelo, de lado. La musculatura se le afloja. Primero se asusta y luego se toca la barriga. Se levanta muy lentamente y ya de pie, nota que se marea. Se sostiene con el marco de la puerta y se queda aturdida un buen rato, como si le naufragaran los pensamientos. Al final del pasillo, se oye el timbre con sonido de cencerros del ascensor. Dos veces. Alguien debe de estar pulsando el botón con insistencia. Entonces Elsa pide ayuda; su respiración es agitada.

La respiración, otra vez tranquila, no llega hasta al cabo de un mes y ante el mar. Las dos dejan a sus



espaldas largos días de médicos y de papeleo. Un mes que, por suerte, se ha cerrado bien. Ambas están de baja laboral y ambas vienen a pasear por la playa. El hotel, hoy, lo ven de lejos.

—No me digas que no es casualidad lo nuestro... Ni tú ni yo habíamos estado nunca de baja, y fíjate, tú embarazada y yo con una mano de corcho! —Parece hecho a propósito. “La Rottenmeyer” debe de estar rabiosa...

—No lo sé, es un ogro, porque es infeliz con ese marido tan plasta y con la vida que lleva, pero no creo que sea una mujer injusta, mira qué te digo... También sabe lo que ocurre y que, si no hace las cosas bien, puede tener problemas.

—Y supongo que también debe de saber que la lesión que tú padeces es muy común en las camareras de piso. Joder, que llevas toda la vida trabajando y mucho, *profa!*

— Lo que sí sabe, con toda seguridad, es que una camarera de piso no puede trabajar embarazada!

Elsa se encuentra ya recuperada de las pérdidas sufridas el día que se cayó en la habitación 241. Y del ingreso hospitalario. Y de los 20 días de reposo absoluto. Al día siguiente del accidente —demasiado tarde—, el técnico fue al hotel para hacer la evaluación de riesgos teniendo en cuenta las situaciones de embarazo. Confirmó, efectivamente, que existía riesgo para la salud de la trabajadora. En este caso, la ley dice que la propietaria del hotel, la señora Costa, debía adaptar el puesto de trabajo de Elsa o bien reubicarla. No pudieron hacer ni lo uno ni lo otro, sino que tuvieron que tramitarle los papeles para solicitar el subsidio por riesgo en el lugar de trabajo. “La Rottenmeyer”, después de tocarse el anillo, le trajo la declaración de la empresa de la situación del riesgo y la

declaración de que no existía un puesto de trabajo apto. Y, con ello, un impreso normalizado de la mutua para solicitar el subsidio y el informe médico del ambulatorio sobre su estado de gestación, Elsa gestionó una suspensión de contrato por riesgo durante el embarazo con reserva del puesto de trabajo. Seguirá cotizando y dejará de temerle al despido. Con una barriga de cuatro meses –ahora desnuda y bien visible sobre la brisa– y una justa suspensión de contrato con reserva de empleo, ya no tiembla como una hoja sobre la arena.

–Ya lo ves, vivir es un oficio muy elástico, como tu barriga de embarazada. Se puede agrandar.

–O encoger. O estropear –dice socarronamente.

–El optimismo nos embarga, ¿eh? Con el garbanito, seguro que vienen tiempos mejores. Tiempo más anchos. Casa más grande, respiración más profunda...

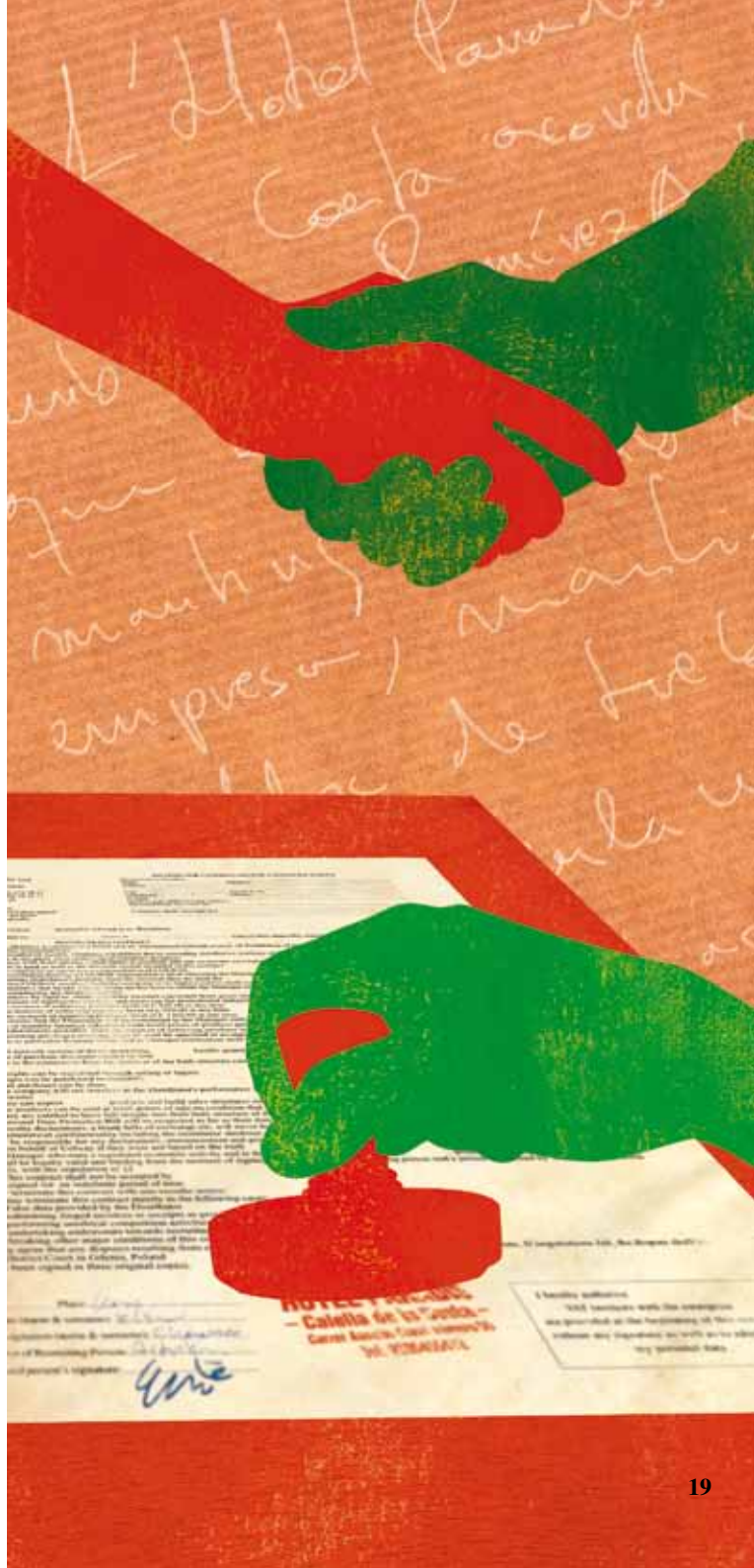
–Y el culo más gordo. Lo debes de decir por eso, ¿verdad? Que con el embarazo me estoy poniendo como una vaca.

Ninguna ha tenido nunca ni una gota de grasa y ni una costilla marcada. Ahora, con el embarazo, la cosa cambia y a Elsa todavía le cuesta adaptarse a los cambios de su cuerpo. Le preocupa, también, no estar guapa, engordar y tener varices.

–Lo de los kilos es muy superficial, ¿lo sabes?

–Lo sé, lo sé, pero las cosas superficiales también me quitan el sueño.

Lo que no es superficial es el reconocimiento de la enfermedad profesional de Ángela. Ha implicado pasarse horas en consultas de médicos haciendo pruebas y mucho papeleo, ya que no existía acuerdo entre el médico de la mutua y el de atención



primaria: el primero no la reconocía como enfermedad profesional pero el segundo, sí. El desacuerdo y la ausencia de un comunicado previo por contingencia laboral llevó al doctor Garasa a encargar un estudio del caso a la unidad de salud laboral –un punto de apoyo en la red sanitaria pública formada por médicos y médicas del trabajo, dedicada a mejorar la detección de problemas de salud laboral–. El estudio consiste en solicitar un informe a la inspección de trabajo que, en el caso de Ángela, confirmó factores de riesgo. El Instituto Catalán de Evaluaciones Médicas lo determinó como enfermedad profesional y, finalmente, el Instituto Nacional de Seguridad Social lo resolvió. La mutua le concedió la baja laboral. Un camino largo y enrevesado que, hoy por hoy, se traduce en sesiones de rehabilitación en la mutua –de cuatro a cinco de la tarde, cada día– e infiltraciones. Se encuentra mejor y quizá dentro de dos semanas ya podrá reincorporarse al trabajo. Ahora, sin embargo, las dos mujeres sólo son capaces de intuir la silueta del hotel desde lejos.

–Hoy ya hemos andado. Mañana no lo sabemos, si andaremos –dice la alumna aventajada, con la sombra de una sonrisa, gastando una broma de persona mayor.

Recogen las sandalias y el bolso que han dejado en un rincón de la playa y cogen el camino de madera que les lleva hasta el paseo. Mañana hará sol y volverán a acompañarse y a pisar agua y arena –otra mañana– y a inspirar y expirar a conciencia sintiendo el sol en la cabeza y la sal en los pies. Mañana Elsa seguirá teniendo los tobillos hinchados y Ángela, la mano de corcho. Pero ninguna se sentirá como un conejito ante dos faros de luz.



Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. 93 304 68 32
otpri@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



Financiado por:



FUNDACIÓN
PARA LA
PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES